

te unas veces, y aparece otras persuasivo, ardiente y enérgico, conforme á la naturaleza de los asuntos de que trata. Al ministrar las enseñanzas adquiridas por medio del estudio, jamás aparta la vista del aplaudido libro de los *Orígenes*; y ya le veamos dar noticia de los primeros inventores de las letras, ya presentar la division de los tiempos y señalar las diversas edades de la vida, fijando la estructura del cuerpo humano; ora le consideremos exponiendo breves nociones de las ciencias naturales, y en especial sobre las aves, peces y piedras preciosas, ora, pasando á otro orden de ideas, le contemplemos recogiendo en sencillos y fáciles proverbios la moral universalmente admitida y profesada, siempre descubrimos la doctrina de Isidoro, que tan maravilloso efecto habia producido, y que tomando ahora la forma de la poesía, cobraba nuevas fuerzas para perpetuarse, y adquiria mayores títulos á la estima de los doctos <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Para comprender toda la exactitud que encierran estos asertos, bastará recordar la doctrina de San Isidoro sobre algunas de las cuestiones que toca en sus versos San Eugenio: hablando de los inventores de las letras dice el autor de las *Etimologías*: «Hebraeorum litteras a lege cepisse per Moysen: Syrorum autem et Chaldeorum per Abraham... AEgyptiorum litteras Isis regina, Inachi filia, de Graecia veniens in AEgyptum, reperit et AEgyptiis tradidit... Graecarum litterarum usum primi Phoenices invenerunt... Cadmus, Agenoris filius, Graecas litteras a Phoenice in Graecia... primus attulit,» etc. (Libro I, cap. III). «Latinas litteras Carmentis nympha prima Italidis tradidit... vocata Nicostrata» (Id. cap. IV). En el *Cronicon* asienta: «Gulfilas Gothorum episcopus ad instar graecarum litterarum gothis... reperit litteras.» (Año 5576 del mundo). San Eugenio escribe en su composición *De inventoribus litterarum*:

Moyses primus hebraeas exaravit litteras  
Mente Phoenices sagaci condiderunt atticas;  
Quas latini scriptitamus edidit Nicostrata,  
Abraham Syras, et idem reperit Chaldaicas,  
Isis arte non minori protulit AEgyptias,  
Gulfila proupsit Getarum, quas videmus ultimas.

Tratando de las edades de la humana vida, observaba San Isidoro: «Gradus aetatis sex sunt... Prima aetas infantia est pueri nascentis ad lucem, quae porrigitur in septem annis. Secunda aetas pueritia, id est, pura et necdum ad generandum apta, tendens ad decimum quartum annum. Tertia adolescentia ad gignendum adulta, quae porrigitur usque ad vigesimo octavum annum. Quarta iuventus firmissima omnium aetatum, finiens in quinquagesimo an-

Cuando asociado al trono por su padre [649], mira Eugenio lo-grada en Receswinto la esperanza de la nobleza y del sacerdocio, movido tal vez de la gratitud que debia al anciano monarca, ó lleno de celo por la gloria de aquel príncipe, no vacila en poner delante de sus ojos las saludables máximas que pueden perpetuar en sus sienes la corona, labrando la felicidad de la patria. Entonces invoca los principios de eterna justicia, que tienen su más ancha base en la religion cristiana, y recordando el egeemplo de Salomon, que habia de ser imitado tras largos siglos en la literatura de Castilla <sup>1</sup>, atiende con digna solicitud á inculcar en el pecho de Receswinto aquellos santos y generosos avisos, fiado en que no caia en tierra estéril tan feraz semilla. El amor, el temor

no. Quinta aetas senioris, id est, gravitas, quae est inclinatio a iuventute in senectutem, etc. Sexta aetas est senectus, quae nullo annorum tempore finitur... etc... Senium autem pars est ultima senectutis, dicta quod sit terminus sextae aetatis» (*Ethim.*, lib. XI, cap. 2). San Eugenio decia al final de su *Recapitulatio Septimi diei*:

Sex sunt aetates hominis, sed septima mors est.  
Prima tenet ortum generis infantia simplex;  
Altera deiude pueritia mollis habetur;  
Tertia quae sequitur ipsa, vocatur adulta;  
Quarta gerit virtutis opera speciosa iuventa;  
Quinta senecta gravis ad ultima tempora vergens;  
Sexta venit senium, quod vitae terminat aevum.

La misma exactitud observamos en las demas nociones trasmitidas por Eugenio, pareciéndonos ocioso el traer aquí nuevos egeemplos para demostrarlo. Los lectores que desearan adquirir mayor convencimiento, si es posible, pueden consultar los libros V, XI (cap. I), XII y XVI (cap. VII y siguientes) de los *Orígenes*, comparándolos con los opúsculos didácticos de San Eugenio.

<sup>1</sup> Aludimos más principalmente á dos obras, escritas la primera á fines del siglo XIII y la segunda á principios del XV, con los títulos de *Castigos y documentos* y *Proverbios de gloriosa doctrina é fructuosa enseñanza*. Aquella, debida á don Sancho IV, ha sido hasta há poco conocida únicamente por su título aun entre los que se preciaban de bibliólogos: esta, publicada diferentes veces, como tendremos oportuna ocasion de observar, es fruto del Marqués de Santillana y goza en la república literaria merecido renombre. Ambas tienen por objeto la moral, la religion y la política, como que se encaminan á formar perfectos príncipes en Fernando IV y Enrique IV, á quienes se dirigen, fundándose como los versos de Eugenio en el egeemplo dado por Salomon en el libro de los *Proverbios*, egeemplo repetido, segun oportunamente observaremos, por las literaturas indo-orientales.

de Dios y la observancia de sus mandamientos son la fuente de aquella sabiduría que debe resplandecer en los reyes, y que sirviendo de norte á la prudencia, la sencillez del alma y la paciencia, abren las puertas de la justicia y la misericordia. Tras estas fundamentales enseñanzas, advierte Eugenio al rey las obligaciones que la corona le impone para con la Iglesia, y mostrándole que los verdaderos tesoros están en el cielo, pone bajo su guarda los huérfanos y las viudas, preservando su pecho de la peste de la avaricia y confortándole con el bálsamo de la paz, lazo de fraternidad que le unirá sin duda á sus vasallos, fortalecido por la clemencia.—La madurez y lealtad del consejo y la protección del Señor, á quien implora el virtuoso metropolitano para que asista al monarca contra los enemigos de Cristo, completan esta manera de catecismo político-religioso, que no dá Eugenio por terminado, sin advertir la significación é importancia de ambos cleros, idea á que asocia por último la integridad de los jueces. Al dar cima á este utilísimo trabajo, se dirige de nuevo á Receswinto, exclamando:

Sic pax obtineat omnia regna tua <sup>1</sup>.

Su noble propósito se hallaba pues cumplido; y pagado tan digno tributo á la religión y á la patria, bajaba el tercer Eugenio al sepulcro, rodeado de la doble aureola de la virtud y de las letras, que habían tenido en él uno de sus más veraces y espontáneos intérpretes <sup>2</sup>.

Aquella silla, honrada por tantos y tan señalados varones, era á su muerte ocupada por Ildefonso, que distinguido primero entre los discípulos del mismo Eugenio, llevado después á Sevilla por la

<sup>1</sup> *De Iudicibus*, vers. VI.

<sup>2</sup> Tres son las principales ediciones de las obras de San Eugenio: la de Sirmondo, París, 1619; la de la Biblioteca de los PP., más conocida, y la de Lorenzana, Madrid, 1782. La abundancia de códices consultados por los literatos, de que se sirvió el señor Lorenzana para llevar á cabo esta empresa, verdaderamente patriótica, el celo con que fué desempeñada y el espíritu crítico que preside á la *Biblioteca de los PP. Toledanos*, dan á esta obra importancia extraordinaria en la estimación de los doctos, por lo cual la hemos preferido en nuestros estudios, así al tratar de San Eugenio como de los demás escritores que adelante mencionamos.

fama de Isidoro, y retirado por último á la vida del claustro, donde había alcanzado la dignidad suprema, hubo menester del expreso mandato de Receswinto para aceptar la mitra que pueblo, clero y monarca ponían sobre su cabeza <sup>1</sup>. Celebrado ya Ildefonso por la sinceridad y fervor de sus creencias, aplaudido por su egemplar circunspección en los concilios VIII y IX de Toledo, á que había concurrido como abad del monasterio Agaliense, y respetado sobre todo por su saber é infatigable celo en la propagación de letras y de ciencias, parecía llamado á heredar la venerable autoridad de los Heladios y los Justos, cuyo noble espíritu le alentaba.

No debía pasar mucho tiempo sin que el discípulo de Isidoro diese insigne testimonio de todas aquellas virtudes: no apagadas aun las cenizas del incendio producido en el siglo IV de la Iglesia por la falaz doctrina de Helvidio y de Joviniano, habían pasado á la Península ciertos sectarios de aquellos heresiarcas, que no hallando en la Galia Gótica valladar poderoso á sus errores, pensaron sin duda deslumbrar al clero español con sus artificiosos sofismas. Pero esta arma, que empleada una y otra vez por el espíritu rebelde de los hombres, se había embotado siempre en la elocuencia cristiana, venía ahora á romperse en la acendrada fé de Ildefonso. Negaban los secuaces de Helvidio y de Joviniano la perpetua virginidad de María; y exaltado el metropolitano de Toledo al ruido de aquella pestilencial doctrina, sintióse poseído del valor de los Gerónimos, Ambrosios y Agustinos, y oponiendo su generoso pecho á tan envenenados tiros, lograba pulverizar de nuevo aquel grosero error, moviendo su lengua la encendida elocuencia de los Padres. Y no solamente desde la cátedra del Espíritu Santo lanzó Ildefonso los rayos de su piadosa indignación contra los discípulos de Helvidio: anhelando que su pura doctrina fuese en todas partes fortísimo é impenetrable muro á la heregia, escribió también un libro de tan maravilloso efecto, que libertando á la monarquía visigoda de aquella pérfida asechanza, salvaba al catolicismo de nuevas perturbaciones.

<sup>1</sup> *España Sagrada*, tomo V, trat. V, cap. IV.

No podía ser más importante el servicio que bajo este punto de vista prestaba Ildefonso á la Iglesia y á la civilización española. Mientras vencidos de sus extravíos, huían los propaladores del error á ocultar en lejanas regiones su ignominia, restituíase la alterada paz á las conciencias y acrisolábase de nuevo la fé de Recaredo, saliendo ilesa de tan extraordinario conflicto la unidad religiosa de aquel Imperio, tal como se había podido constituir en el tercer concilio Toledano. Debida esta portentosa obra al episcopado católico, sólo al episcopado tocaba su defensa; y si al escribir el libro *De perpetua Virginitate Sanctae Mariae*, para aventar los últimos restos de la proterva semilla arrojada tres siglos antes por Helvidio y Joviniano, pedía Ildefonso las gloriosas armas de su elocuencia á los Padres que fueron los primeros en desarraigarla, no olvidó tampoco, al entrar en tan honrosa lid, las sábias lecciones de sus doctos maestros. Con la imaginación de un poeta que había pasado su juventud bajo el cielo espléndido de la Bética, y con la razón de un filósofo que durante la edad viril había vivido en el retiro del claustro consagrado á la enseñanza, ostentó Ildefonso en aquella peregrina obra el impetu fozoso de Eugenio y la severidad lógica de Isidoro. El entusiasmo, que mueve su pluma, dando á su acento una entonación elevada, comunica á su frase extraordinaria riqueza: el convencimiento que anida en su pecho, prestando notable precisión á sus ideas, infunde á su lenguaje cierta manera de imperio, que ejercido al par sobre la razón y el sentimiento, hace irresistible su elocuencia. Estas dotes, que principalmente caracterizan á Ildefonso, cobran mayores quilates cuando, animado del espíritu de controversia, descarga sus certeros golpes, ya sobre Helvidio, que había negado la limpieza de Maria en el acto de la divina concepción, ya sobre Joviniano, que no le concedió la virginidad después del parto, ya sobre un judío, que de propósito introduce en el tratado para rechazar los errores y prevaricaciones de los que negaban la venida del Mesías, siendo virtualmente contrarios á la inefable pureza de su madre.

Pero en estos momentos toma la elocuencia de Ildefonso un carácter especial que la distingue de sus modelos: ardiente, enérgico, agresivo, no se contenta ya con recoger el legítimo fruto

de la persuasión, que intenta llevar al seno de sus lectores: evocando del sepulcro las sombras de Joviniano y de Helvidio, no sólo condena sus doctrinas como impías, sino que acusándolos de torpeza, impudicia y deshonestidad, los increpa y anatematiza de una manera solemne y terrible.

«Cuando el espíritu de Dios (decía á Helvidio, rebatidos ya los »extravíos de Joviniano) predijo estas cosas por los profetas, las »afirmó por los doctores, las defendió por los autores de la ver- »dad y las consolidó por la eternidad de los siglos, ¿por qué tú, »inventor de nuevos errores, torpísimo infamador, por qué con »tanta necedad las difamas? ¿Qué osas hablar, cáos de locura, qué »intentas murmurar, qué piensas balbucir, qué presumes charlar »para que aquella morada de Dios en el útero virginal, para que »aquella córte del Rey de las virtudes, clarísima con el brillo del »pudor, para que aquella mansion de la honestísima carne del »Emperador de las cosas celestiales, para que el lugar glorioso de »aquél Dios, á quien no comprende toda la diversidad de lugares, »después de la generación de Dios, después de la encarnación del »Verbo, después de la Natividad del Señor, después del nacimien- »to del Salvador, engendrara de carnal varón prole de carne pere- »cedera?... Del lugar de vida, con germen de mortalidad, produ- »ciría miembros que habrían de morir?... Del huerto cerrado, que »llevó solamente la flor de la peregrina virginidad, saldría el »brojo de las espinas mortales?... De la fuente de vida, sellada »con el virginal parto, brotaría el cieno del matrimonio?... Pido, »pido á Dios que el sepulcro de su boca sea atormentado por el »dolor; que cierre sus dientes firme candado; que llene la inmo- »vilidad de su lengua la caverna de su boca; que la crasitud del »aliento pegue los extremos de sus labios, para que no salga fue- »ra el hedór de tales palabras, ni se respire el olor de esta com- »pañía, ni se escuche el anhélito de esta habla, ni ya suene el »acento delicado, ni ya forme el aire las palabras infandísimas»<sup>1</sup>.

Tal es el torrente que Ildefonso desata contra los que osaban negar la perpétua virginidad de Maria: menos vehemente, aunque no menos enérgico, rechaza con igual fortuna y fundado siempre

<sup>1</sup> *De perpetua Virginitate*, cap. II.

en uno y otro Testamento, todos los absurdos y blasfemias de los heresiarcas, llegando triunfante al término de su feliz tarea, donde vueltos sus ojos á la maternal piedad de la Inmaculada, levanta de nuevo su terrible azote contra los incrédulos, impíos y soberbios de la tierra, demandando por último el perdón de sus culpas al Hijo de María, de cuyas manos espera la eterna salud y bienandanza <sup>1</sup>.

La elocuencia sagrada había salvado una vez más la pureza del dogma católico; pero no por ser extraordinario el éxito que obtuvo con el libro de la *Perpetua virginidad de María*, creyó el discípulo de Isidoro llevada á cabo la empresa que había echado sobre sus hombros. Para recoger todo el fruto por él deseado, escribió también otros libros, en que atesorando la doctrina de su maestro, y con ella la de Agustino y Gregorio, no perdonó diligencia ni trabajo alguno hasta dejar resueltas multitud de cuestiones de suma importancia y trascendencia, cuando respecto del mismo dogma, cuando respecto de la liturgia, cuando en fin respecto de la disciplina. No han llegado todas estas obras á los tiempos modernos <sup>2</sup>; mas libertadas de la oscuridad de los siglos

<sup>1</sup> Id., cap. XII.

<sup>2</sup> Las obras de San Ildefonso, mencionadas por San Julian, que han perecido, son: un libro *De prosopopeia imbecillitatis*; otro *De proprietate personarum Patris et Filii et Spiritus Sancti*; otro *De annotationibus actionis diurnae*; otro *De annotationibus in sacris*. Estos libros, con los *De cognitione baptismi* y *De progressu spiritualis deserti*, que se conservan, formaban la primera parte de dichas obras. La segunda se componía de las *Epistolae* á varios personajes y las respuestas de los mismos, y la tercera y cuarta constaba de las *misas*, himnos, sermones y opúsculos varios, entre los cuales se contaban los epigramas, epitafios y demás composiciones poéticas. Dejó otras muchas obras comenzadas ó por terminar, según San Julian testifica: «Scripsit autem et alia multa quae variis rerum ac molestiarum occupationibus impeditus, aliqua coepta, aliqua semiplena reliquit» (*B. Ildefonsi Elogium*). Con el nombre de este digno prelado y con la calificación de dudosos se incluyeron en la colección de los PP. Toledanos los dos libros *De partu Virginis* y catorce sermones, entre los cuales se cuentan tres publicados ya por el Maestro Fray Enrique Florez, según adelante advertiremos. En la misma edición se insertaban, con el título de supuestas, las obras siguientes: *De corona Virginis*, *Continuatio Chronicorum*, *Collectio quorundam carminum*. Sobre las razones oportuna y documentalmente alegadas por los editores de la expresada colección, sólo nos cumple

las que llevan por título *De cognitione Baptismi* y *De Itinere Deserti*, justifican sobradamente el aplauso con que las recibieron los contemporáneos de Ildefonso, quien tomaba en ellas diverso camino del que había recorrido en el libro *De perpetua Virginitate*. Movidó en este de aquel sagrado espíritu que llenaba toda su existencia, debía mostrarse impetuoso, abundante, grandilocuo, pero incisivo y persistente como quien aspiraba á pulverizar peligrosísimos errores: henchido de cosas y de palabras hasta la exuberancia, hacia frecuente gala de su facundia; mas abusando con no menor frecuencia de estas peregrinas facultades, y animado de aquella suerte de orientalismo que hemos visto brillar en los ingenios españoles desde la más remota antigüedad, llegaba tal vez á deslustrarlas con el aparato de no interrumpidas y simétricas amplificaciones y antítesis, que terminan por comunicar al estilo cierto amaneramiento y extraña verbosidad, de que no siempre salen integras las ideas, ni bien librados los fueros de la lengua.

Partiendo de diferente principio y caminando á distinta meta, no aparece el metropolitano de Toledo animado del mismo entusiasmo en las expresadas obras: con el sosiego de quien investiga é ilustra, con la calma y paz de quien enseña, ostenta en estos tratados la claridad y precisión aprendidas de Isidoro, fija siempre la vista en la idea capital que mueve su pluma, y teniendo por norte único de sus vigilias la ilustración y enseñanza de los católicos. Era pues distinta la índole de unas y otras producciones; y si al entrar en lid con los heresiarcas, no olvidó Ildefonso que había nacido poeta y que ejercía su acento en el púlpito extraordinario prestigio, haciendo en consecuencia excesivo alarde de aquellas inestimables dotes, tampoco apartó de su memoria, al reconocer la gracia del bautismo y trazar la senda del desierto de la humana vida, que eran de todo punto inútiles las armas de la controversia para lograr el alto fin de sus nobles esfuerzos.

Ildefonso no renuncia sin embargo á las galas del arte aprendi-

añadir que basta la lectura de las últimas producciones para condenar la crítica de los que las atribuyeron á San Ildefonso, atropellando la cronología y desconociendo plenamente la historia de las letras. Véase también lo que respecto de la *Crónica* dejamos dicho en la nota 1 de la página 310.

do en la escuela de Sevilla, ni se olvida de su fecunda imaginación, dando á sus obras la forma que juzgaba más adecuada. Al trazar *El Camino del Desierto*, finge el ilustre discípulo de Isidoro emprender, acompañado del alma regenerada ya por el bautismo, el difícil viaje de la tierra de promisión; y mostrándole bajo la forma visible de las flores, los árboles y las aves que hallan á su paso, las virtudes de que debe aquella armarse para llegar á la celestial Jerusalem, presenta en el cedro y el mirto, en el fenix y el pelicano los diversos símbolos del vario estado del hombre, interiormente considerado, revelando los misteriosos efectos de la gracia en el alma de los justos. La doctrina revestía en este peregrino libro la forma alegórica, ensayada por Boecio y San Isidoro, y destinada en siglos futuros á realizar la más grande transformación que experimenta en la edad media el arte cristiano: el metropolitano de Toledo sabía no obstante que no podía ser infructuosa.

Este mismo convencimiento abrigó sin duda al poner su mano en el libro *De Viris illustribus*. Deseoso de proseguir la obra comenzada por Jerónimo, seguida por Genadio y continuada por Isidoro<sup>1</sup>, añadía al brillante catálogo formado por tan esclarecidos varones los nombres de los más señalados hijos de la Iglesia española, á cuya cabeza inscribía el de Gregorio Magno, celebrado ya en todo el mundo católico por sus obras, contando al propio tiempo entre ellos á Donato, fundador del monasterio Servitano, enriquecido por él con gran copia de códices<sup>2</sup>. Al pagar aquel digno tributo á la Iglesia, anudando así la tradición de los primeros siglos, y consignando de una manera solemne los merecimientos de sus predecesores y maestros, si no renunciaba Ildefonso á las dotes que resplandecían en el libro *De la Virginitad*, que tan altos lauros le había conquistado, deponía aquella abundancia de cosas y palabras que daban á su elocuencia tan extra-

<sup>1</sup> Así lo declaró el mismo San Ildefonso en el prefacio del expresado libro (*Bibl. PP. Tol.*, tomo I, pág. 282).

<sup>2</sup> Este hecho, que no carece de importancia en la historia de las letras, fué consignado por San Ildefonso con estas palabras: «Cum septuaginta monachis copiosisque librorum codicibus navali vehiculo in Hispaniam Donatus commeavit» (Cap. IV).

ordinario carácter; y sóbrio y circunspecto, como lo había menester la naturaleza del trabajo por él acometido, contentábase con lograr la sencillez, precisión y clara elegancia de sus modelos. Cuando la crítica reconoce la diversidad de estilo y de lenguaje de estos monumentos, no puede menos de admirar la flexibilidad del talento de Ildefonso, elogiando al par el respeto con que siguió aun en esta parte la pauta de Isidoro, y considerando cuánto alcanza y domina el espíritu de escuela. Lástima grande es por cierto que no podamos hoy quilatar sus poesías, donde hubo de dar tal vez rienda suelta á su rica y fogosa imaginación, siendo también dudosa la autenticidad de sus sermones<sup>1</sup>. Aquel hombre distinguido, que se había retirado del mundo contra la voluntad de sus padres<sup>2</sup>, para ser uno de los más claros ornamentos de la Iglesia española, pasaba de esta vida en los primeros días de 667, llevándose tras sí las bendiciones de sus compatriotas y dejando vinculados en su metrópoli el respeto y la admiración que recibió durante su pontificado con sus virtudes y su talento.

Trece años después era llamado á la misma cátedra otro varón no menos privilegiado por la Providencia, discípulo también del tercer Eugenio, y asociado como Ildefonso, cuyas huellas sigue, al extraordinario movimiento de los estudios, que había regularizado Isidoro.—Julian, tercero entre los obispos toledanos de este nombre, elogiado ya desde la juventud por su extremada pru-

<sup>1</sup> El Maestro Fray Enrique Florez, que dió á luz tres *Sermones* atribuidos á San Ildefonso, manifestaba la misma duda, diciendo: «Sobre si estos sermones son obra genuina de San Ildefonso, no tengo más fundamentos que hallarlos con su nombre y saber por San Julian que escribió *Sermones*» (*España Sagrada*, tomo V, cap. VII). Examinados los que inserta Florez, aunque no carecen de energía, no descubrimos en ellos el fuego y la vehemencia que resaltan en el libro *De perpetua Virginitate*, como principales caracteres de su elocuencia; y aunque esta diferencia no sería bastante para desechar, como apócrifa, cualquiera otra obra, según acabamos de indicar, tratándose del púlpito y teniendo por asunto las excelencias de la Virgen Maria los tres citados sermones, es de grande importancia la diversidad de estilo, que no pudo tampoco oscurecerse al Maestro Florez. Nosotros tenemos por cierto que se escribieron mucho tiempo después de la época en que San Ildefonso florece.

<sup>2</sup> San Julian, *B. Ildefonsi Elogium*.

dencia y discrecion, que acreditaba en el concilio XI como arcediano de aquella santa iglesia, venia tambien á mostrar con sus obras, cuyo largo catálogo debemos á la solicitud de Felix, su admirador y discípulo <sup>1</sup>, cuán feraz habia sido la semilla sembrada en el campo de las letras y de las ciencias por tan afortunados cultivadores. Hijas en su mayor parte de las circunstancias políticas ó religiosas en que la monarquía visigoda se encuentra, procura este insigne prelado aparecer en ellas cual verdadero intérprete del sacerdocio, que en el XV concilio, presidido por el mismo Julian, acepta y recibe por suya la profesion de fé con que el ilustre metropolitano explica su *Apologetico* contra Apolar, satisfaciendo cumplidamente los escrúpulos de Roma <sup>2</sup>. Poeta, orador, historiador, filósofo y teólogo, recorre con igual brio todas las sendas abiertas ya por sus maestros; y reflejando, como ellos, la luz de las letras sagradas y profanas, recoge en todos los terrenos envidiables laureles. Y si no puede ya la critica literaria saborear desgraciadamente los sazonados frutos de su musa, si llora la Iglesia como perdidas no pocas de sus más celebradas producciones, admira esta en las que han llegado á nuestros dias la profundidad y extension de su doctrina, ya interprete y concuerde

<sup>1</sup> Las obras que cita y elogia San Felix, demás de las que mencionamos, son: un libro *De Remediis blasphemiae*; otro de epistolas; otro de himnos, epítafios y epigramas; otro de *Sermones*, entre los cuales se contaba el opúsculo *De vindicatione domus Dei*; otro *De sentiis*; otro contra *Julianum haereticum*; otro *De divinis iudiciis*; otro *De responsionibus*; otro de *Misas* para todo el año, y otro finalmente de *Oraciones* para todas las festividades de la iglesia de Toledo (*Collect. SS. PP. Tolet.*, tomo II, pág. 48 y siguientes). Despues se le ha atribuido sin fundamento alguno la *Chronica Regum Wisigothorum* y algunos versos que recogieron tambien los editores de la *Coleccion Toledana* y publicaron como obras supuestas. Lástima que un escritor de nuestros dias tan diligente y entendido como Mr. Rosseeuw Saint Hilaire cite el referido *Cronicon* como fuente histórica digna de crédito, adjudicándola á San Julian (*Hist. d'Espagne*, lib. II, cap. I, pág. 337).

<sup>2</sup> El primero de estos libros, que se intitulaba *Apologeticum Fidei*, se ha perdido: no así el segundo, denominado *Apologeticum de tribus capitulis*, que sobre hallarse inserto en las actas del referido concilio, se ha publicado diferentes veces y fué incluido en la *Coleccion de los PP. Toledanos* (tomo II, página 77).

las Sagradas Escrituras <sup>1</sup>; ya defiende contra los judios la integridad del dogma y el cumplimiento de las profecías <sup>2</sup>; ya en fin revele y explique los misterios de la eterna vida, bosquejando con vigoroso pincel el portentoso cuadro de la resurreccion de la carne <sup>3</sup>. La critica literaria, sin apartar la vista de estos preciosos libros, donde contempla á Julian como expositor y controversista, tiénese tambien por afortunada con poseer algun fruto de su elocuencia, reconociendo al propio tiempo las excelentes cualidades que le distinguen como historiador, principal título que le conquista señalado lugar entre los varones ilustres de España.

Es en verdad de suma importancia para señalar el largo camino hecho por la civilizacion, al recibir el impulso regenerador de la Iglesia, el observar cómo á fines del siglo VII procura la historia recobrar el noble carácter de otros tiempos, y apoyándose en la fecunda teoria de Isidoro, pugna por adquirir de nuevo la majestad, de que la revistieron los Livios y Salustios en el siglo de oro de las letras latinas. El docto metropolitano de Toledo, que habia presenciado la deposicion de Wamba y ungido de su mano al usurpador Ervigio, cumpliendo así el último precepto del rey destronado <sup>4</sup>, movido de semejante idea, levantaba en la *Historia de la rebelion de Paulo* glorioso monumento á las exímias virtudes de aquel monarca, en cuyas sienes habia recobrado por un momento su primitivo esplendor la corona de los visigodos. Con el convencimiento de la gran pérdida experimentada por la nacion entera al verse desposeida de aquel generoso caudillo, lustre de las armas, patrocinio de la paz y de la justicia y muro fortísimo de la disciplina eclesiástica <sup>5</sup>; con el vivo recuerdo de su humildad y de su repugnancia á empuñar aquel mismo cetro que la más torpe alevosia puso en manos de Ervigio; con la indigna-

<sup>1</sup> *Antikeimenon*, libri duo, pág. 153 del mismo tomo; *Comentarium in Harum propheta*, pág. 262.

<sup>2</sup> *De comprobatione sextae aetatis*, libri tres. Esta obra, dirigida á Ervigio, fué sin duda escrita despues del XII concilio de Toledo, habido en 681.

<sup>3</sup> *Prognosticon futuri saeculi*, libri tres, pág. 10 del referido tomo y coleccion.

<sup>4</sup> Concilio XII de Toledo, cánon I.

<sup>5</sup> Concilio XI de Toledo, cánon XVI.

cion que debió despertar en su pecho la vacilante y torcida conducta de este monarca, fuerte sólo con los débiles, acometió pues Julian la empresa de trazar el brillante itinerario de aquella expedición memorable, en que Wamba contó las victorias por el número de días empleados en la misma.

Ni dejaba de mostrar en este peregrino libro un fin verdaderamente político y religioso: manifestando desde los primeros rasgos de su historia que es esta la mayor guarda de la virtud, disponiendo los ánimos juveniles á las más altas empresas, comenzaba por tributar merecido elogio á la abnegación de Wamba, á quien no deslumbraba el brillo de la corona; y reconocidas su mansedumbre y varonil entereza, exaltaba su valor en el momento del peligro y ensalzaba su piedad y clemencia, alcanzado ya el no fácil triunfo. Lograba de esta manera el metropolitano de Toledo presentar á la admiración de sus compatriotas el perfecto dechado de príncipes en aquella nación, en donde no el nacimiento, sino las prendas personales, debían abrir el camino del trono; y para que la lección fuese completa, precisamente cuando no estaba todavía lejana la usurpación de Ervigio, ponía de relieve la traición del advenedizo Paulo, pintando con enérgicas tintas su arrogante soberbia y dando á su castigo terrible aparato. Al describir aquella ejemplar mudanza de la fortuna, recordaba Julian que había nacido católico, y exclamaba:

«Era sorprendente espectáculo el contemplar cuán fácilmente »se había trocado el aspecto de las cosas. Tan pronto vieras caído »al que ya há tiempo oyeras glorioso; y al que hasta el día anterior se había tenido por rey, derrumbarse con tanta rapidez en »espantable ruina. Cumplíase enteramente en esto aquella profética sentencia: ví [dice] al impio exaltado y levantado sobre »los cedros del Líbano. Pasé, y ya no existía: lo busqué, y no encontré el lugar donde había estado»<sup>1</sup>.

Estas virtudes históricas, que infunden á Julian fuerza bastante para diseñar de mano maestra la noble figura de Wamba y la repugnante de Paulo, hallaban cumplido desarrollo en los medios por él escogitados para dar cima á tan meritorio pensamiento.

<sup>1</sup> *Historia rebellionis Pauli*, n. 23.

Desechando la cortada é incoherente exposición de los cronicones, enlazaba los sucesos de una manera natural y consecuente, y formando un todo de regulares proporciones, llegaba á comunicarle cierto interés dramático, ajeno en verdad á cuantos ensayos se habían hecho desde la época de Orosio hasta los tiempos en que florece. Á semejanza de los historiadores latinos, y para dar mayor movimiento á la narración, introducía en ella frecuentes arengas, reconcentrando así todas las miradas en los personajes que las pronuncian, y contribuyendo á exponer y perfeccionar sus caracteres. Este modo de historiar, tan propio de los antiguos, ofrecía continuo pábulo á las dotes oratorias de Julian, que menos arrebatado y exuberante que Ildefonso, si bien no menos ardiente y enérgico, comunicaba á su estilo y lenguaje levantada entonación, impulsándole al uso de figuras y metáforas, que descubriendo á primera vista la lectura y estudio de los libros históricos de la Biblia, le ponía á riesgo de oscurecer la dicción y la frase, haciéndolas al propio tiempo declamatorias é hiperbólicas. Mas á pesar de estas notables imperfecciones, hijas principalmente de la índole especial que desde la antigüedad más remota caracterizaba á los ingenios españoles, y que iban sin duda tomando creces, merced al orientalismo que bebían los escritores en las fuentes de la religión católica, lícito es observar que el metropolitano de Toledo sabe pintar con propio y brillante colorido los acontecimientos que narra, rodeándolos de circunstancias interesantes y adecuadas. Cuando cercados en Nimes, acosados por todas partes y desconfiados de sí propios, estalla entre los rebeldes horrible colisión, y despreciada la precaria autoridad de Paulo, remiten al hierro la satisfacción de su venganza, traza Julian aquel terrible cuadro con estas briosas y breves pinceladas:

«¿Qué más?... dentro de la ciudad se ofrece el lastimoso espectáculo del combate. Por ambas partes cae muchedumbre de »los más furiosos; por ambas partes se destroza; por ambas partes se degüella; y los mismos que escapaban de las espadas de »los nuestros, perecían al cuchillo de los suyos. Cunde así por »toda la ciudad la revuelta matanza y llénase de cadáveres sangrientos. Donde quiera que se tendiese la vista, hallábase tal »carnicería que los muertos semejaban rebaños de animales. Las

»encrucijadas de las calles parecían cubiertas de un solo cadáver, y lo restante de la tierra amasado con la sangre ya coagulada. »Miserable mortandad se contemplaba en las casas; y donde recorrieras sus más recónditos lugares, los encontrarías también »hinchidos de cuerpos muertos. Mirarías por último yacer en las »calles de la ciudad cadáveres de hombres con rostro amenazador y bárbara ferocidad, como si permanecieran todavía en el »mismo trance de la batalla»<sup>1</sup>.

Quien de esta forma describía, no mostraba menor nervio en la peroración *Contra la Galia*, que parece poner término á este peregrino trabajo, único de aquellos tiempos por la extensión, regularidad y brillo con que supo llevarlo á cabo.—Julian bajaba al sepulcro en 6 de marzo de 690, habiendo gobernado la iglesia de Toledo durante el espacio de diez largos años<sup>2</sup>.

Producían pues en la corte visigoda las más plausibles consecuencias la doctrina y el ejemplo de Isidoro, y no menor fruto recogía la Iglesia en las provincias por mano de sus hijos.—Paulo, diácono de la basílica de Santa Eulalia, y á quien la posteridad apellida con el título de *Emeritense*, admirando sin duda el claro monumento levantado en el libro *De Viris illustribus* al episcopado español por el célebre metropolitano de la Bética, concebía el generoso proyecto de consignar en igual forma las excelencias de aquellos varones, que brillando por su virtud y santidad, eran no menos dignos de veneración y respeto. Pero así co-

<sup>1</sup> *Historia rebellionis Pauli*, núm. 19. El último pensamiento está visiblemente imitado de Lucio Anneo Floro [historiador con quien tiene San Julian no pocos puntos de contacto], cuando en el cap. XVIII del libro I de su *Epitome Rerum Romanarum* decía al pintar el esfuerzo de los romanos en la guerra contra Pirro: «Omnium vulnera in pectore, quidam hostibus suis immortui: omnium in manibus enses et relietae in vultibus minae et in ipsa morte ira vivebat.» Verdad es que ya había escrito Salustio al bosquejar la ferocidad de Catilina: «Catilina vero longe a suis inter hostium cadavera repertus est, paululum etiam respirans, ferociamque animi, quam habuerat vivus, in vultu retinens» (*De bello Catilinario*, ad finem). De cualquier modo este y otros pasajes que pudiéramos alegar, prueban que eran á San Julian familiares los historiadores latinos.

<sup>2</sup> San Felix dice: «Praesulatus... honorem et sacerdotii dignitatem annis decem obtinuit, mense uno, diebus septem.»

mo Isidoro siguió las huellas de Gerónimo y Genadio en sus *Varones ilustres*, así también procuraba Paulo tomar por modelo á San Gregorio: el libro titulado *De Vita et miraculis Patrum Italicorum*, debido á la pluma de aquel soberano Pontífice, era pues el dechado á que Paulo se ajustaba al escribir su obra *De Vita et miraculis Patrum Emeritensium*, circunscribiendo á su metrópoli, y más aun á su propia basílica, el pensamiento que Isidoro había hecho general á los dominios visigodos<sup>1</sup>. Con tal intento ponía el diácono de Santa Eulalia en contribución las tradiciones de aquella celebrada iglesia; y ya apelando á la memoria de los ancianos, ya recordando lo que él mismo había visto y en que había tenido parte, presentaba á la admiración de los católicos los más insignes testimonios de piedad, mansedumbre y fortaleza de alma en las vidas del niño Augusto y de los obispos Paulo, Fidel

<sup>1</sup> De esta manera se explica el mismo Paulo al poner término á sus tareas, rogando á los lectores que atiendan más á la sinceridad de su intento que á los aciertos de su pluma: «Illud tamen manifestissime cognoscant me amore Christi et dilectione Sanctissimae Eulaliae impulsus ut scriberem, manifesta retulisse, vera proculdubio veraciter exposuisse» (*España Sagrada*, tomo XIII, pág. 386). El erudito cuanto desconfiado autor de la *Historia crítica de España y de la cultura española*, sin dato alguno convincente, y sólo porque le pareció que Paulo Emeritense «por su mismo modo de hablar indicaba ser más moderno», le puso entre los historiadores del siglo VIII, apoyándose también para ello en la autoridad de don Nicolás Antonio (tomo XIII, núm. CXV, pág. 183). Pero precisamente en la observación de Masdeu está la condenación de su aserto; porque si Paulo el Diácono escribió bajo el yugo sarraceno, ¿dónde se halla en toda su obra una alusión por remota que sea, la cual lo indique? Y dedicándose á ensalzar los varones que florecen en la basílica de Santa Leocadia durante la época de los visigodos, ¿cómo no derrama una sola lágrima para llorar la cautividad en que aquel templo yacía? El arte, el lenguaje que se revela en las *Vidas de los Padres Emeritenses* nada tienen por cierto de común con el arte y el lenguaje de Isidoro Pacense, escritor del siglo VIII, y natural, como Pablo el Diácono, de la antigua Lusitania. Por el contrario, todo manifiesta en él que pertenece de hecho y de derecho á la época del renacimiento literario inaugurado por San Isidoro; siendo en extremo notable que hombres tan entendidos como Masdeu no hayan reparado en que á haber florecido en el siglo VIII, respirarían sus biografías el mismo dolor que dá tan singular colorido á los escritos del Pacense. El Maestro Florez creyó por el contrario que Paulo vivió muy á los principios del siglo VII.